

## ORÍGENES DE LA FÁBRICA DE BOTELLAS DE JEREZ

El 22 de junio de 1895, el ciudadano francés, D. Antoine Vergier Jeune, en representación del hacendado francés vecino de Lyon, D. Andrés Bocuze, mediante poder notarial expedido el 11 de junio de 1895, solicitaba permiso al Ayuntamiento de Jerez para establecer una fábrica de vidrio en el lado izquierdo del kilómetro 109, 30 del ferrocarril Sevilla - Cádiz, próximo a la estación de ferrocarriles de Jerez.

El Proyecto inicial de la construcción de la fábrica de vidrio, denominada desde un primer momento “La Jerezana”, preveía la producción de botellas y cristales planos. Para ello, era necesario construirse hornos chimeneas de 30 a 35 metros de altura, fraguas, almacenes, talleres de herrería y demás accesorios propios de dicha industria. El lugar elegido era idóneo por la cercanía a una vía férrea, lo que facilitaba la rápida salida de los productos elaborados en la fábrica, y a su vez, la entrada del carbón necesario para los hornos. Por este motivo, el proyecto primitivo contemplaba la creación de un ramal viario, que partiendo del kilómetro 109,460 del mencionado trayecto ferroviario llegaba hasta la misma fábrica.

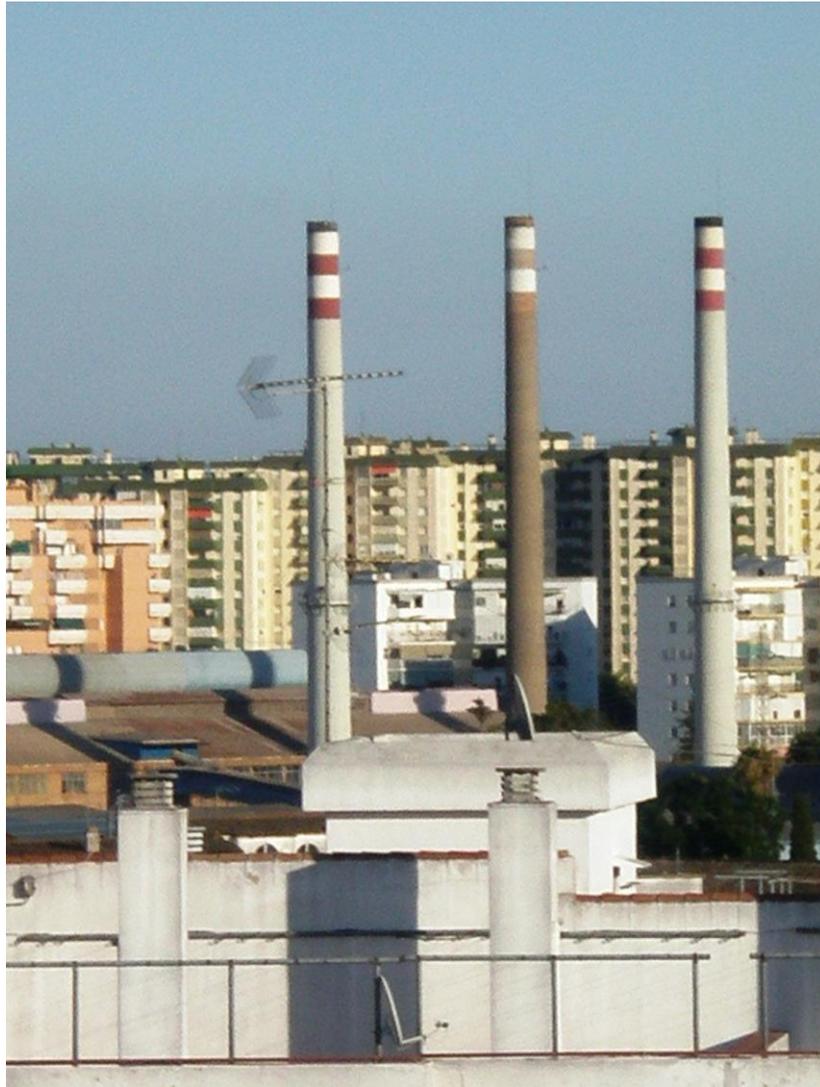


Noticia de la concesión del permiso de construcción a la fábrica de Botellas “La Jerezana” aparecido en el diario El Guadalete (fotografía cedida por el historiador José Ignacio Palomeque).

El Ayuntamiento, tras valorar la propuesta de la empresa para establecerse en Jerez, concedió el permiso para su instalación el 25 de junio de 1895, teniéndose en cuenta los grandes beneficios que la nueva fábrica reportaría a la clase obrera, pues la nueva industria necesitaría un elevado número de personal. Hay que tener en cuenta que en aquellos años la situación económica y social en Jerez y su campiña era crítica. Sólo tres años antes, Jerez había conocido el famoso asalto campesino, que en realidad no dejó de ser una revuelta campesina motivada

por la carestía y hambruna que se vivía en aquellos momentos, aunque los hechos sirvieron para que las autoridades del momento demonizaran el incipiente anarcosindicalismo andaluz.

La nueva industria reunía para su instalación las condiciones previstas en el moderno reglamento de ordenación municipal que poseía Jerez en aquella fecha, en concreto con su artículo 166: se instalaba en las afueras de la ciudad, aislada de los ciudadanos, sin existir peligro de incendio o explosión para el vecindario ni molestias por humo o ruidos. Prácticamente un año después que los capitalistas franceses presentaran el proyecto, la fábrica de vidrios “La Jerezana” estaba ya construida y en funcionamiento.



Las tres altas chimeneas de la fábrica de botellas han pasado a ser parte de la iconografía arquitectónica de la ciudad.

Es más que probable que los terrenos fuesen vendidos por el Ayuntamiento a la empresa a un precio muy módico, habida cuenta del interés social que implicaba un proyecto industrial como éste. La fábrica de vidrio obtuvo licencia de apertura desde el 5 de junio de 1896.

En el año 1.900 la empresa pasó a ser Sociedad Anónima. Según nos relata El Guadalete de 8 de septiembre de ese año, siguiendo las publicaciones de “La Estafeta”, la nueva sociedad se

constituyó en Bruselas con un capital de 1.600.000 francos con 16.000 acciones, de las cuales 9200 pertenecían a los señores Bocuze, Escures y Fiateau y otras 6.800 acciones habían sido suscritas entre numerosos inversores. La sociedad tenía como objetivos la explotación de las fábricas de cristal existentes en Jerez de la Frontera y de las patentes de M. Bucher, relativas a la fabricación de botellas y otros objetos de cristal hueco.

En el primer consejo de administración de la Sociedad Anónima se encontraban: Honthar, maestro cristalero en Denin; Boucher, maestro cristalero en Cognac; Robin, director honorario del banco de Francia; Andrés Bocuze, industrial de Lyon; Jorge Bocuze, industrial de Jerez y el inversor Fiateau. Fueron nombrados comisarios los señores Escures e Hiriart.

En 1924, la fábrica sufrió un gran proceso de ampliación de sus instalaciones. Para ello, adquirió una gran porción de terrenos adyacentes que pertenecieron a D. Pedro López de Carrizosa, barón de Algar, configurándose todo el espacio industrial actual. Esta compra quedó protocolizada ante el notario Antonio Guerrero el 28 de agosto de 1924.

“La Jerezana” no fue la única fábrica de botellas y demás tipos de vidrios que hubo en la ciudad. Desde el mismo tiempo de su creación, coexistió durante bastantes años con la fábrica de botellas “La Constancia”. Como nos señala Fernando Aroca en su magistral libro *“De la Ciudad de Dios a la ciudad de Baco. La arquitectura y urbanismo del vino de Jerez (siglos XVIII - XX)”*, D. Sebastián Canavesse y Chateau, solicitó el 12 de julio de 1895, la alineación precisa para la construcción de otra fábrica de vidrios junto a la plaza de toros y cercana al ferrocarril urbano. Este otro proyecto de fábrica de vidrio fue llevado a cabo en el mismo año de 1895 por el arquitecto Rafael Esteve y el maestro de obras Antonio Rodríguez. También sabemos que en 1901, D. Manuel Fernández obtuvo licencia del Ayuntamiento jerezano para realzar los muros de la fachada de esta fábrica. Dicho proyecto lo materializó el arquitecto José Esteve. No sabemos la relación empresarial que existió entre esta fábrica y la actual fábrica de botellas, ambas de capital francés.

Ambas industrias obedecían a un nuevo modelo comercial de venta del vino que se iba a acelerar desde 1895. Se trata de la exportación del vino en botellas, que aseguraba que el producto llegase directamente al consumidor sin modificaciones. Este nuevo sistema de exportación iba a sustituir las tradicionales exportaciones en toneles y “pipas”. Sobre parte del solar que ocupó esta fábrica se construyó a mediados del siglo XX la barriada “La Constancia”, cuyo nombre deriva de la antigua ubicación de la fábrica de vidrios con el mismo nombre.

La historia de la actual fábrica de botellas es un ejemplo más de la notoriedad industrial que vivió Jerez en el siglo XIX al amparo de la entonces pujante industria del vino. Un ejemplo más de cómo el beneficioso negocio vinatero atrajo capitales extranjeros —en este caso de origen francés— para impulsar la industria local.

Hoy día, 113 años después de la presentación del proyecto original, cuando se prevé su traslado a otra zona o incluso su cierre, he querido con este artículo revivir la historia de este recinto industrial, que muy pronto se convertirá en una zona urbanizada. Desde este artículo pido que se conserven las tres altas chimeneas, que queramos o no, han pasado a ser un símbolo iconológico de la ciudad de Jerez y un recuerdo de un potente pasado industrial que hoy día añoramos.

Jesús Caballero Ragel